

LA SEXUALIDAD AL FINAL DE LA VIDA: CONTINUIDAD O RUPTURA

Rosalía Rodríguez Alemán

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

rrodriguez@dps.ulpgc.es

RESUMEN

Los cambios operados en la vivencia de la sexualidad española tras finalizar la Dictadura, particularmente para las mujeres, han seguido la dirección del desarrollo personal y la afirmación de la libertad individual. Sin embargo, existen aún muchos nudos difícilmente resolubles si se toma en cuenta la persistencia del androcentrismo patriarcal, lo complejo de los procesos de individuación y la definición de las identidades y los deseos sexuales. Y en todo caso, en ese clima de «libertad» subsisten actitudes negativas y creencias inexactas sobre la sexualidad y el envejecimiento, incluso entre las personas ancianas. Actitudes que pueden inhibir o anular el deseo y/o la respuesta sexual. Profundizar en estas cuestiones y conocer la realidad de la sexualidad entre las personas de edad avanzada es el objetivo de este artículo.

PALABRAS CLAVE: sexualidad, edad, sexo-género.

ABSTRACT

«Sexuality in Older Age: Continuity or Breakup?». The changes in the experience of spanish sexuality after dictatorship, particularly for women, have followed the direction of personal development and affirmation of individual freedom. However, there are still many difficult knots solvable if one takes into account the persistence of patriarchal androcentrism, the complexity of the processes of individuation and the definition of identities and sexual desires. And anyway, in this climate of «freedom» remain negative attitudes and inaccurate beliefs about sexuality and aging, even among the elderly. Attitudes that may inhibit or override the desire and / or sexual response. Pursue these issues and know the reality of sexuality among the elderly is the goal of this article.

KEYWORDS: sex, age, sex-gender.

1. CUERPO Y SEXUALIDAD EN EL CICLO VITAL

Bourdieu (2005: 22) afirma que «el mundo social construye el cuerpo como realidad sexuada y como depositario de principios de visión y de división sexuales». El proceso de sexuación del ser humano —que se alza sobre el dimorfismo de la especie— corre paralelo al de socialización y, por tanto, se inicia con el nacimiento y finaliza con la muerte. Tal proceso está influenciado por multitud de factores del



entorno familiar y social más próximo e, ineludiblemente, proporciona identidad a los individuos. La sexualidad incluye el conjunto de experiencias humanas atribuidas al sexo y definidas por éste, forma parte del proceso constitutivo de los individuos y orienta la adscripción a grupos genéricos y a condiciones de vida predeterminadas socialmente, constituyendo además un espacio preferente para analizar las relaciones de poder.

Lagarde (1997: 196) señala que en «nuestra cultura, la sexualidad se caracteriza por la división genérica antagónica del mundo, del trabajo, de las actividades creadoras, del tiempo y del espacio, de los lenguajes, por la relación distinta de los géneros con lo sagrado y con el poder, por su participación en los ritos y en el mundo profano». La sexualidad, por tanto, no sólo está condicionada por la cultura, sino que es uno de los ejes que la sustentan; y de ahí se deriva que la división del trabajo es un hecho sexual, como lo es la masculinidad o la feminidad. Así puede entenderse que «el cuerpo y la sexualidad de las mujeres son un campo político definido, disciplinado para la producción y la reproducción, construidos ambos como necesidades femeninas irrenunciables». Mackinnon (1989) considera que la sexualidad es una dimensión omnipresente que impregna toda la vida social, a lo largo de la cual se produce el género y a través de la cual el género es socialmente constituido; y a lo largo de la cual otras divisiones sociales, como etnia y clase, en parte se extinguen.

En el ciclo vital, la adolescencia es acaso la etapa más ardua, especialmente para los varones, porque para construir la identidad se ha de reafirmar constantemente la diferencia. «La interiorización de las normas de la masculinidad exige un plus de represión de los deseos pasivos, especialmente el de ser cuidado por una madre» (Badinter, 1993: 77). Construida inconscientemente desde los primeros años de vida y reforzada en los años posteriores, la masculinidad explosiona en la adolescencia, el momento en el que el miedo a la feminización comienza a hacerse evidente. Una gran mayoría de los jóvenes luchan contra ese temor reforzando más las murallas de la masculinidad. La definición de lo masculino siempre se da por oposición a lo femenino (Bourdieu, 2005). Generalmente, las trasgresiones en este plano de la vida social han sido calificadas como enfermedades o desviaciones; de modo que maricón o marimacho son calificativos usados tradicionalmente de manera peyorativa para estigmatizar la ambigüedad.

Connell (1997: 41) afirma que «la opresión ubica las masculinidades homosexuales en la parte más baja de una jerarquía de género entre los hombres. La homosexualidad, en la ideología patriarcal, es la bodega de todo lo que es simbólicamente expelido de la masculinidad hegemónica, con asuntos que oscilan desde el gusto fastidioso por la decoración hasta el placer receptivo anal. Por lo tanto, desde el punto de vista de la masculinidad hegemónica, la homosexualidad se asimila fácilmente a la femineidad. Y por ello —de acuerdo al punto de vista de algunos teóricos homosexuales— la ferocidad de los ataques homofóbicos». Dado que la homosexualidad masculina cuestiona las bases de una frágil masculinidad, se convierte en una razón más que suficiente para rechazar el homoerotismo. Una homofobia que sufren menos las chicas, ya por invisibilizarse, ya porque el imaginario colectivo supone que en ausencia de pene no hay cabida para el placer.

La heteronormatividad responde, culturalmente, a la necesidad de especializar a los miembros de una sociedad para asegurar la procreación y asegurar la segregación genérica. La especialización sexual con fines reproductivos asegura una política que ha girado en torno a la imposibilidad de elección erótica real por parte de los sujetos y, al mismo tiempo, la descalificación del erotismo como placer en sí mismo. Ahora bien, como afirma Lagarde (1997: 244), «los seres humanos no nacen hetero, homo o bieróticos. Son entes sexuados por sus características físicas y dotados de líbido sin objeto. Están por así decirlo, a la búsqueda y al encuentro del objeto. Y, culturalmente se asigna a los individuos por grupos sexuales, el objeto sobre el cual se deposita y sobre el cual se despliega la líbido». Lagarde (1997: 235), entendiendo de manera amplia homosexualidad como relaciones sociales entre individuos con las mismas características sexuales, afirma que a pesar de esas sólidas bases heterosexuales, la cultura patriarcal «no sólo segrega a los sujetos sino que, políticamente, fomenta la homosexualidad femenina y masculina». Esta arriesgada afirmación se basa en el reconocimiento de los pares, esto es, los hombres reconocen como sus iguales a los hombres y ponderan la relación laboral, artística, política, amistosa entre ellos; mientras como contrapartida se fomenta el homoerotismo femenino al convertir a las mujeres —para todos y todas— en objetos eróticos.

Los estudios sobre la sexualidad en la adolescencia (Remafedi, 1987; Ross-Reynolds, 1982; Savin-Williams y Rodríguez, 1993) indican que efectivamente las conductas sexuales entre pares del mismo sexo, lejos de ser algo excepcional, forman parte de la experiencia de un buen grupo de jóvenes con independencia de que sean o vayan a ser homosexuales. Soriano Rubio (1999: 20) afirma que generalmente «el 15% de los chicos y un 10% de las chicas tienen este tipo de prácticas antes de los 15-16 años». La curiosidad por conocer otro cuerpo diferente al suyo, la necesidad de intimidad o la vergüenza a relacionarse con el otro sexo son las motivaciones fundamentales de estas conductas. Entre los hombres, pero particularmente entre las mujeres, el erotismo a estas edades está formalmente prohibido, y cuando ocurre entre las pensadas como heterosexuales, no es reconocido ni nombrado, debido al mecanismo de declarar inexistente lo que está sancionado negativamente. Al no existir, el erotismo entre mujeres queda subsumido en cualidades femeninas positivas como el afecto, la ternura, los besos, los abrazos, en fin, todo está permitido entre las mujeres porque se supone deserotizado. Pasada esta edad, si la orientación no es homosexual, esas conductas tienden a desaparecer en ambos sexos, unas veces por la presión social y otras porque aparece la atracción y relación con el otro sexo.

A pesar de ese complejo núcleo de relaciones, los mandatos de género dicen que las mujeres han de depositar su libido y han de sentirse exaltadas por los hombres. Semejante norma hace que el cuerpo de la mujer se construya a través de la mirada de los otros, concretamente del deseo de los otros. Los otros además norman los cuerpos. Las instituciones políticas, civiles, eclesiásticas, creadas dentro del orden patriarcal, han dictado la vida de las mujeres, desde ese cuerpo como referente simbólico. Cuerpo privado y colectivo, pureza y pecado, bondad y perfidia, pero casi siempre objeto de represión, de censura. La niña, educada en el desprecio o la desatención a su cuerpo, descubrirá que éste le da un cierto poder que le es negado por otras vías. El cuerpo, desconocido, es central en la vida de las mujeres, pocas



veces para reconocerlo y amarlo, muchas para adaptarlo a los reclamos de la sociedad que las proclama y reclama como cuerpos atractivos, objetos eróticos, al alcance de cualquiera, a través de la publicidad, la moda o el cine.

2. LOS MANDATOS DE GÉNERO SOBRE LA SEXUALIDAD

En nuestra cultura la sexualidad es identificada con el erotismo al punto de usarse indistintamente ambos términos; sin embargo, la sexualidad contiene al erotismo, pero no lo agota. Siguiendo a Lagarde (1997: 207), se podría decir que «el erotismo se corresponde con la exaltación o inhibición de los impulsos libidinales. [...] Tiene por protagonistas a los sujetos particulares y los grupos sociales; tiene como espacio al cuerpo vivido, y consiste en acciones y experiencias físicas, intelectuales, emocionales, subjetivas y simbólicas, conscientes e inconscientes, así como formas de percibir y sentir, tales como la excitación, la necesidad y el deseo, que pueden conducir o significar por sí mismas goce, alegría, dolor, agresión, horror, y pueden generar placer, frustración o malestar de manera directa o indirecta». En el campo erótico se han de distinguir las prácticas, los conocimientos, las creencias... puesto que cada grupo humano incluye una cultura erótica específica, conformada por las relaciones sociales, normas prescriptivas o prohibitivas, códigos, prácticas, preferencias, conocimientos, saberes, concepciones, lenguajes y tabúes.

Asegurar la continuidad del orden patriarcal ha precisado de la combinación de las exigencias de castidad, virginidad y monogamia a la mitad de la población, la femenina. Para Rivera (1996), la heterosexualidad obligatoria o el fundamentalismo heterosexual explica dos de esas construcciones sociosimbólicas fundamentales históricamente para las mujeres en el marco de la familia: la virginidad y la desnudez del cuerpo femenino. La virginidad, exigida únicamente a las mujeres, está ligada a esa necesidad de controlar la sexualidad femenina y expresa la posesión del cuerpo por un hombre. Los cuerpos de las mujeres, fundamentales para el placer masculino y para la reproducción, no han pertenecido a las mujeres, sino a los compañeros, a los hijos, a las iglesias, a los Estados... de ahí que la soberanía de las mujeres sobre sus propios cuerpos haya sido una de las primeras reivindicaciones de la segunda ola del feminismo. Afirma Rivera (1996: 41) que «la construcción de la virginidad codifica, pues, en el orden simbólico patriarcal, el tipo o grado de pertenencia del cuerpo de una mujer a uno o más hombres: la «doncella» es del padre (que es, en principio, un pariente prohibido), y el padre negocia con la virginidad de ella hasta instalarla en el centro de un nuevo grupo de parentesco a través del matrimonio; las casadas son de su marido; las monjas son de Cristo; las prostitutas son de todos los hombres», y las viudas —cabe añadir— de uno fallecido. La virginidad de la muchacha suponía, y en muchas culturas supone aún, el honor de la familia. El cuerpo de la mujer, objeto de represión, debe preservarse de todo contacto, por ello la casa ha sido el espacio femenino por excelencia. La tradición judeocristiana cuenta que por una mujer, Eva la pecadora, entró en el mundo la muerte, el sufrimiento; otra mujer, magnificada en el siglo XII tras acalorados debates en el seno de la Iglesia, la Virgen María, la que concibió sin mancha, redime al

mundo e intercede ante su hijo, todopoderoso, a cambio de su castidad, humildad, modestia, silencio, laboriosidad, misericordia. El control y castigo de las mujeres, de su sexualidad desconcertantemente peligrosa, ha sido materia de tratados médicos, teológicos, didácticos y morales desde la Antigüedad. El otro elemento es el deseo de cubrir el cuerpo de las mujeres de la familia y de descubrir el del resto, en la libertad de mirar, decir, calificar a las otras se recuerda a las mujeres que son cuerpos accesibles, apropiables, violables... que sus cuerpos, en fin, no les pertenecen.

En la cultura occidental las oposiciones cielo y tierra, luz y tinieblas, alma y cuerpo, emanadas de la necesidad de trascendencia de los seres humanos, presentes desde las culturas milenarias, sabiamente manipuladas históricamente por el poder y la religión en un afán de controlar los «apetitos de la carne», la promiscuidad, el orden social, y en fin, la necesidad de asegurar las líneas de filiación y la transmisión de la propiedad, han hecho más restrictivas las prohibiciones a las mujeres. La doble moral propia de las sociedades represoras ha operado a favor de los unos y en perjuicio de las otras. La mujer virtuosa ha tenido que negar en ella la existencia de deseos sexuales, ser desflorada en el matrimonio y conservar su virginidad hasta entonces, para transitar a la maternidad, con la que se recibe el beneplácito de la sociedad, y que supone la renuncia al erotismo que aunque presente en todas las mujeres, se reserva para las otras. Ello ha llevado a muchas mujeres, especialmente mayores, a percibir lo relacionado con la sexualidad como algo ajeno, a poder vivir sin mantener relaciones sexuales, e incluso a sentir cierta aversión hacia ellas. La sexualidad masculina en cambio, aunque ha estado sujeta a control, es mucho más permisiva. La iniciación del varón puede incluso haber sido acompañada por el padre. Cualquier cosa es válida con tal de que no se cuestione la virilidad del hijo, como tampoco la del padre.

En el franquismo, la mayoría de las mujeres, sumidas en la ignorancia y la vergüenza, debían experimentar su cuerpo y su deseo en el matrimonio, quedando ambos supeditados a las necesidades del otro. La Sección Femenina (1958) no dudó en articular un discurso de sumisión, de negaciones y fingimientos, en la relación sexual: «En cuanto respecta a la posibilidad de relaciones íntimas con tu marido, es importante recordar tus obligaciones matrimoniales: si él siente la necesidad de dormir, que sea así, no le presiones o estimes la intimidad. Si tu marido sugiere la unión, entonces accede humildemente, teniendo siempre en cuenta que su satisfacción es más importante que la de una mujer. Cuando alcance el momento, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que hayas podido experimentar. Si tu marido te pidiera prácticas inusuales, sé obediente y no te quejes».

Los cambios operados en la vivencia de la sexualidad española tras finalizar la Dictadura, particularmente para las mujeres, han seguido la dirección del desarrollo personal y la afirmación de la libertad individual. Sin embargo, existen aún muchos nudos difícilmente resolubles si se toma en cuenta la persistencia del androcentrismo patriarcal, lo complejo de los procesos de individuación en la infancia y la definición de las identidades y los deseos sexuales, que no pocas veces llevan aparejados problemas de orden psíquico. Ros i Rahola y López García (2001: 93) afirman que «la sexualidad dista mucho de tener un contenido equivalente para el hombre y la mujer, ni tampoco es un ejemplo logrado de complementarie-



TABLA 1. EDAD MEDIA EN LA QUE COMENZÓ A MANTENER RELACIONES SEXUALES. POBLACIÓN CANARIA DE 16 AÑOS Y MÁS, 2004.

	NÚMERO DE PERSONAS	MEDIA
Total Mujeres	698.672	19,5
De 16 a 29	151.810	17,6
De 30 a 44	237.153	18,9
De 45 a 64	195.265	20,1
De 65 o más	114.444	22,2
Total hombres	676.555	18,0
De 16 a 29	166.221	17,3
De 30 a 44	244.013	17,8
De 45 a 64	182.628	18,4
De 65 o más	83.694	19,2

Elaboración propia.

Fuente: Servicio Canario de Salud. (2004). Encuesta de Salud de Canarias. Datos preliminares.

dad, a pesar de los mitos existentes en este sentido» puesto que ambos sexos tienen dificultades tanto con el propio deseo como con el de su pareja, de manera que no son extraños los conflictos sexuales, así como situaciones de incomunicación, soledad e incluso violencia, máxime en un contexto en el que predominan las prisas, el consumismo, la virtualidad y la necesidad de satisfacciones inmediatas. La edad de inicio de las relaciones sexuales es cada vez más temprana entre las chicas jóvenes, que respecto de sus abuelas lo han hecho 4,6 años antes. La experiencia de los varones es distinta debido a la doble moral que ha caracterizado a las sociedades patriarcales, de modo que entre los jóvenes y sus abuelos sólo dista 1,9 años. Entre las personas mayores de ambos sexos la edad media en que iniciaron relaciones sexuales dista tres años.

3. LAS RELACIONES SEXUALES MÁS ALLÁ DE LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA

Foucault (1989: 41) puso de manifiesto el funcionamiento de la sexualidad como régimen de poder que se hace posible a través de la construcción discursiva del sexo. Desde el siglo XVIII y XIX proliferaron los discursos desde las instituciones pedagógicas, la medicina y la justicia. Instancias que se dieron a la tarea de «proteger, separar y prevenir, señalando peligros por todas partes, llamando la atención, exigiendo diagnósticos, amontonando informes, organizando terapéuticas» de modo que, intensificando la conciencia de peligro, la necesidad de control reactivó la nece-

sidad de hablar de sexo. La concepción de la normalidad en la práctica sexual se ha ampliado enormemente, de manera que lo que se consideró perversión en el siglo XIX ha pasado a categorizarse como desviación y, posteriormente, como variación.

Igualmente la relación sexual normal o normalizada, eminentemente reproductora, ha pasado a estar guiada por una finalidad estrictamente hedónica en la que se puede prescindir, al menos verbalmente, de afecto o amor, puesto que las prescripciones morales en este punto se han difuminado, a pesar de las proclamas de las jerarquías eclesiales o sectores reaccionarios de la sociedad. Los cambios resultan impresionantes, y en ellos han incidido la irrupción de un nuevo discurso científico desde la sexología (Kinsey *et al.*, 1948, 1953; Masters y Johnson, 1967, 1972) en el panorama internacional de los años cuarenta y cincuenta, las reivindicaciones feministas y la progresiva secularización de la sociedad. Hitos que han dado pie a la articulación de unos derechos sexuales y reproductivos inherentes a los seres humanos.

A diferencia de lo que le sucedió a muchas mujeres ancianas en su juventud, actualmente las jóvenes están informadas sobre los métodos anticonceptivos existentes, e incluso pueden recurrir al aborto, ciertamente aún en unos supuestos limitados que hacen pasar a muchas de ellas por enfermas, mientras en la vida sexual de la pareja se ha abierto el lugar para la comunicación y la satisfacción del placer de ambos. La articulación de colectivos y demandas de homosexuales y transexuales, y de los derechos legales en materia de unión y filiación para los/as primeros/as, permite evidenciar la relajación en la normatividad que orienta el deseo y las identidades sexuales, aunque obviamente persiste la homofobia y la transfobia; al igual que persisten en el plano negativo la pandemia del sida, un elevado número de embarazos adolescentes no deseados, y una elevada cifra de mujeres de todas las edades asesinadas a manos de sus parejas o ex-parejas.

En ese clima de «libertad» subsisten actitudes negativas y creencias inexactas sobre la sexualidad y el envejecimiento, incluso entre las personas ancianas. Actitudes que pueden inhibir o anular el deseo y/o la respuesta sexual. El culto a la juventud y al cuerpo en una sociedad «genitalizada y coitocéntrica» (Nieto, 1995: 17) deja a las personas mayores como seres asexuados, no sólo en el imaginario colectivo, sino también entre los mismos investigadores sociales. Así por ejemplo, en el estudio «Salud y hábitos sexuales: las conductas sexuales desde la perspectiva del sida» (INE, 2003) la muestra probabilística seleccionada incluía hombres y mujeres de entre 18 y 49 años, lo cual indica el desprecio a la sexualidad más allá de los cincuenta como si las cuestiones referidas al número de parejas, el uso de preservativo o el pago de relaciones sexuales no tuvieran relevancia en este sector de la población; o aun peor, como si el sida en estas edades no fuera significativo. Por cierto que los resultados de la encuesta resultan relevantes para apoyar las afirmaciones vertidas anteriormente respecto de la persistencia de las diferencias entre los sexos, puesto que un 24,4% de los hombres y un 55,6% de las mujeres habían tenido relaciones sexuales con una única persona a lo largo de su vida, mientras que el 4,1% de las mujeres y el 21,6% de los hombres dijeron haber tenido relaciones con diez o más parejas sexuales. Así mismo, el 25,2% de los hombres frente al 8,4% de las mujeres, que mantuvieron relaciones sexuales en el último año, tuvieron parejas ocasionales. El preservativo en la primera relación, para las personas de 40 y





más, sólo fue usado por el 31,5%; elevándose a un 79,6% en el caso de los menores de 30. Tanto hombres como mujeres declararon que la mujer no asume la iniciativa en asegurarse de que el preservativo esté disponible, casi en tres de cada cuatro ocasiones el preservativo lo llevaba el hombre; las razones aludidas eran la baja percepción de riesgo, la no disponibilidad del mismo o la falta de comunicación. El 27,3% de los hombres que habían tenido relaciones sexuales manifestaron haber tenido en la vida relaciones con personas a las que pagó por ello, de las mujeres no se decía nada. El tratamiento de la sexualidad resulta aún más coitocéntrico en el estudio «Preferencias sexuales de los españoles» (Demoscopia, 2004)¹, en el marco de la que se pone de relieve que madrileños, canarios y andaluces son los que más fallan en la cama. El apoyo de un laboratorio farmacológico parece traslucir cierto interés en medicalizar la disfunción eréctil.

La sexualidad de la persona anciana, puesta en referencia con esa sexualidad centrada en la genitalidad, aparece, desde luego, como devaluada o inexistente. Nieto (1995: 17) sostiene que es ese reduccionismo genitalista reconstruido desde la sexualidad joven «el que impregna los poros del cuerpo social y que vacía las conductas sexuales en términos de actividad coitocéntrica, con sus gravámenes obsesivos de potencia y frecuencia, el que se apodera también de actitudes y valores de los ancianos haciendo de su sexualidad una sexualidad referencial de difícil ejecución». Además, la sexualidad en la sociedad occidental, orientada hacia las necesidades de los varones, está centrada en la genitalidad, es coital y numérica (Nieto, 1995). Ciertamente con la edad se producen ciertos cambios que afectan a la respuesta sexual, fundamentalmente en los aspectos relacionados con el impulso y la velocidad en la respuesta excitatoria, motivados por ciertos cambios hormonales y vasculares; pero en ausencia de enfermedad específica —diabetes, neuropatías, hipertensión arterial, cardiopatías y depresión, fundamentalmente—, los cambios operados no tienen por qué afectar al deseo, la seducción, la pasión, la masturbación, el afecto, los sentimientos, las emociones, la fantasía o los juegos. Brecher (1984) encontró que entre las personas de más de 70 años, el 75% de los hombres y el 59% de las mujeres calificaron su interés por el sexo de fuerte o moderado, que aproximadamente la mitad de los varones de 80 años eran sexualmente activos y que las mujeres solteras de más de setenta años experimentaban cierta liberación sexual a través de la masturbación. Los datos sobre práctica sexual en la tercera edad del Servicio Canario de Salud (ISTAC, 2004) apuntan en esta dirección y revelan una mayor práctica femenina (91,50%) que masculina (88,90%), algo relacionado con su sobrerrepresentación en este grupo de edad, ya que también la pequeña proporción de mujeres que no tienen relaciones sexuales (3,20%) supera a la masculina (2,30%).

En una investigación propia, realizada sobre una muestra de 1.046 personas mayores de 65 años de las siete islas, se les preguntó a las personas que tienen o

¹ El estudio se encontraba inserto en la II Campaña Nacional de Salud Sexual, avalada por la Asociación Española de Salud Sexual (AESS). El apoyo al estudio procedía del Laboratorio Lilly en competencia con la viagra de Pfizer o la levitra de Bayer.

TABLA 2. PRÁCTICA DE RELACIONES SEXUALES.
POBLACIÓN CANARIA DE 16 Y MÁS AÑOS, 2004.

	HOMBRES				MUJERES			
	16 a 29	30 a 44	45 a 64	65 o más	16 a 29	30 a 44	45 a 64	65 o más
Si	177.090	258.402	200.459	93.525	152.977	241.291	199.368	122.364
%	82,90	94,80	93,60	88,90	72,80	93,80	94,90	91,50
No	22.888	4.043	2.500	2.410	44.392	5.724	3.230	4.245
%	10,70	1,50	1,20	2,30	21,10	2,20	1,50	3,20
NsNc	13.640	10.174	11.239	9.303	12.646	10.107	7.491	7.087
%	6,40	3,70	5,20	8,80	6,00	3,90	3,60	5,30
Total	213.618	272.619	214.198	105.238	210.015	257.122	210.089	133.696
	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

Fuente: Servicio Canario de Salud. (2004). Encuesta de Salud de Canarias. Datos preliminares.

TABLA 3. MANTIENE RELACIONES SEXUALES EN LA ACTUALIDAD, POR SEXO.

	MUJER	HOMBRE
Sí las mantiene	28,0	59,0
No las mantiene	69,8	39,3
No contesta	2,2	1,7

Fuente: Base muestral propia.

TABLA 4. NO MANTIENE RELACIONES SEXUALES EN LA ACTUALIDAD,
POR SITUACIÓN DE PAREJA Y POR SEXO.

	MUJER	HOMBRE
No tiene pareja	2,6	0,6
Tiene pareja	23,6	51,2
Separado/a, divorciado/a	6,5	8,4
La pareja ha fallecido	67,3	39,8

Fuente: Base muestral propia



TABLA 5. SATISFACCIÓN, EN LA ACTUALIDAD, DE LAS RELACIONES SEXUALES POR SEXO.

	MUJER	HOMBRE
Muy satisfactoria	5,5	5,9
Satisfactoria	47,3	59,0
Regulares	36,4	30,9
Insatisfactoria	2,4	1,2
Muy insatisfactoria	1,2	0,4
No contesta	7,3	2,7

Fuente: Base muestral propia

TABLA 6. SATISFACCIÓN DE LAS RELACIONES SEXUALES, EN EL PASADO, POR SEXO.

	MUJER	HOMBRE
Muy satisfactorias	12,4	17,5
Satisfactorias	62,0	66,6
Mejoró con los años	5,9	3,8
Empeoró con los años	12,2	10,4
Insatisfactorias	4,6	0,2
Muy insatisfactorias	0,9	0,0
Inexistentes	0,5	0,2
No contesta	1,5	1,2

Fuente: Base muestral propia

TABLA 7. CÓMO HA SIDO, DE MANERA AMPLIA, LA VIDA SEXUAL POR SEXO

	MUJER	HOMBRE
Muy satisfactoria	13,2	17,5
Satisfactoria	71,1	76,3
Indiferente	9,9	4,0
Insatisfactoria	2,4	0,5
Inexistente	1,1	0,2
No contesta	1,5	1,4

Fuente: Base muestral propia

han tenido pareja (que son el 92,7%) sobre la vivencia de su sexualidad, resultando que la proporción de mujeres que no mantiene actualmente relaciones sexuales (69,8%) es muy superior a la de los varones (39,3%).

Un 67,3% de las mujeres que no las mantiene declara que su pareja ha fallecido, siendo entre los hombres el porcentaje de 39,8% (tabla xxvi). Por el contrario, un 51,2% de los hombres que no mantienen relaciones sexuales en la actualidad sí tienen pareja, representando las mujeres en este caso el 23,6%.

La satisfacción en las relaciones sexuales en el momento de la encuesta desciende al 60,1%, si bien los hombres siguen declarando que sus relaciones sexuales son satisfactorias o muy satisfactorias en mayor proporción: 64,9% los hombres y 52,8% las mujeres.

En todo caso, la vivencia de la sexualidad de las personas mayores se podría calificar de optimista. El 78,7% de la muestra dice que sus relaciones sexuales con anterioridad a la llegada a esta etapa del ciclo vital han sido satisfactorias, no habiendo demasiadas diferencias entre las mujeres y los hombres, si bien éstos (84,1%) tienden a señalar en mayor proporción que las mujeres (74,4%) que sus relaciones sexuales han sido satisfactorias o muy satisfactorias.

Y en general, la valoración sobre toda su vida sexual es satisfactoria para el 84,2% de las mujeres y el 93,8% de los hombres.

En fin, la población mayor muestra la percepción de que su vida sexual ha sido satisfactoria en una proporción realmente alta (88,5%), si bien tal proporción contrasta con una vivencia actual menos satisfactoria de las relaciones sexuales que en el pasado. No obstante, de las personas mayores que siguen manteniendo relaciones sexuales, más de la mitad califica de satisfactoria su sexualidad actual.

Los hombres se sienten significativamente más satisfechos que las mujeres tanto con su vida sexual en general, como con sus relaciones sexuales pretéritas y actuales. Una mayor proporción de varones que de mujeres señala que su relación de pareja cumplió las expectativas que depositaron en ella. Las mujeres tienen una percepción de su vida sexual como satisfactoria en una proporción elevada, pero un 12,3% la califica de indiferente o insatisfactoria. La mitad de las mujeres que mantiene relaciones sexuales en la actualidad no las califican de satisfactorias. Por su parte, un 30% de las mujeres apunta que su relación de pareja no cumplió con las expectativas que tenía antes del compromiso o sólo lo hizo en algunos aspectos.

4. CONTINUIDAD O RUPTURA

De la sexualidad de las personas mayores ciertos aspectos son aún desconocidos o silenciados. En la vida cotidiana las manifestaciones de deseo sexual por parte del anciano fuera del ámbito privado conllevan su calificación peyorativa en términos de «viejo verde». Un calificativo que, a pesar de la carga discriminatoria que comporta, oculta cierto reconocimiento, en tanto que el sujeto es un hombre. Tal figura no encuentra habitualmente paralelismo entre las mujeres, salvo que se considere la figura de la viuda alegre —que raramente es una mujer mayor—. En el imaginario colectivo, las mujeres mayores se presentan como seres carentes de de-



seo, sexualmente inactivas y, en todo caso, no deseables por alejarse de las exigencias de juventud y delgadez, requisitos inseparables de la concepción actual de belleza. En todo caso, el deseo sexual de las mujeres mayores es velado como inexistente.

Una moral sexual reproductivista supone que la mujer mayor ha perdido su principal valor representativo, la fertilidad. Belleza, juventud y delgadez son atributos que se asocian a la vida fértil, cuyo final está marcado por los mitos que anuncian la entrada en la vejez. La menopausia, en cambio, no es más que un acontecimiento fisiológico natural que acompaña, en torno los 45 y 55 años de edad, la salida del período reproductivo; un hecho que tiene una sintomatología muy variada entre las mujeres, pero que «está sujeta a un considerable condicionamiento social y cultural» (Freixas Farré 2007: 125). Es más, el estereotipo sociocultural anuncia que la menopausia supone la llegada del deterioro físico —flaccidez, arrugas y canas—, de problemas de salud —osteoporosis, alteraciones de la tensión arterial, etcétera— y de incontables pérdidas —belleza, atractivo, deseo—. Freixas Farré (2007: 150) recuerda que ciertas patologías se asocian mágicamente con la menopausia y no se relacionan con el paso de los años para ambos sexos, la vida sedentaria, la mala alimentación o una pareja sosa y «tantas otras coyunturas que necesitamos reordenar cuando llegamos a un punto que ahora se sitúa en la mitad de la vida y que antes era, ciertamente, el inicio de una vejez clara y sin paliativos: nos moríamos treinta años antes que ahora». Añade Freixas Farré que más allá de los mitos, la sexualidad es «un espacio de interacción en el que influye claramente la calidad de la experiencia previa y la comunicación emocional con la pareja».

Por tanto, ante la pregunta de si al final de la vida la sexualidad experimenta una ruptura o no la respuesta es que, a pesar de algunas variaciones, se da cierta continuidad. Una continuidad que más allá de prácticas y valoraciones, muestra la persistencia de ese régimen de poder por el que los varones aparecen siempre en una posición privilegiada que les lleva a sentirse significativamente más satisfechos que las mujeres.

Recibido: septiembre 2009; aceptado: noviembre 2009.

BIBLIOGRAFÍA

- BADINTER, E. (1993). *XY, la identidad masculina*. Barcelona: Alianza.
- BOURDIEU, P. (2005). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BRECHER, E. (1984). *Love, sex and aging*. Little Brown: Boston.
- CONNELL, R.W. (1997). «La organización social de la masculinidad», en VALDÉS, J., OLAVARRIA, J. (eds.). *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional 24, 31-48.
- FOUCAULT, M. [1976] (1989). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Vol. I. Madrid: Siglo XXI.
- FREIXAS FARRÉ, A. (2007). *Nuestra menopausia: una versión no oficial*. Barcelona: Paidós.
- INE. Encuesta de Empleo del Tiempo, 2002-2003.

- ISTAC. Encuesta de Salud de Canarias, 2004.
- LAGARDE, M. (1997). *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- MACKINNON, C. [1989] (1995). *Hacia una teoría feminista del Estado*. Madrid: Cátedra.
- NIETO, J.A. (1995). *La sexualidad de las personas mayores en España*. Madrid: IMSERSO.
- RIVERA GARRETAS, M.M. (1996). *El cuerpo indispensable: significado del cuerpo de mujer*. Madrid: Horas y horas.
- ROS I RAHOLA, R. y LÓPEZ GARCÍA, S. «La sexualidad de la mujer española en el siglo XX», en AUBET, M^a.J. (comp.) (2001): *Mujer y ciudadanía. De derecho al voto al pleno derecho*. Bellaterra: Barcelona.
- SECCIÓN FEMENINA (1958). «La educación de la mujer bajo el franquismo: selección de textos de la revista de la Sección Femenina», disponible en http://www.nodo50.org/tortuga/article.php3?id_article=5110.
- SORIANO RUBIO, S. (1999). *Cómo se vive la homosexualidad y el lesbianismo*. Salamanca: Amarú Ediciones.

